

Del imaginario de las mujeres del Caribe

Por Yolanda RICARDO*

ES BIEN CONOCIDO que el escenario múltiple en el que se expresan las mujeres caribeñas posee personalidad propia si bien carece de una única definición, lo cual explica que la ensayística reitere que no hay un solo Caribe.¹ Por múltiples vías se advierte esta plurivocidad: la dinámica de su toponimia sintetizada por el historiador colombiano Gustavo Bell Lemus, su versátil geografía con las orillas de un mar que se desborda a sí mismo y se expande hacia otras latitudes desde el Golfo de México, Centroamérica, el Caribe colombiano y el venezolano hasta la línea costera que sigue hacia el Este con las Guyanas, Recife y Salvador de Bahía.² Se trata, a todas luces, de una región dueña de su propia historia mucho antes de la llegada del conquistador y del primer rostro del Nuevo Mundo, testimonio de atrocidades inenarrables, a la vez que portadora de una elevada complejidad sociocultural y una muy significativa concentración de mestizaje tributario de casi todo el orbe.

Ilustrativos de la complejidad caribeña, sustrato sustantivo de imaginarios,³ son los ejes lingüísticos por los que transitan sus expresiones culturales —español, francés, inglés, holandés, las lenguas creole de base francesa, el pidgin, el papiamentu, el srnantongo— y las de los pueblos originarios, así como las encrucijadas culturales gestadas por el hegemonismo, históricamente

* Profesora titular de la Universidad de La Habana; miembro de la Asociación de Escritores de Cuba; e-mail: <yolr@infomed.sld.cu>.

¹ Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna*, Hanover, Editora del Norte, 1989, pp. v, 7. Añádase que —aunque se ha cuestionado la caribeñidad de algunas zonas del sur de Estados Unidos— autores como Germán Arciniegas, Anacristina Rossi e Isabel Allende muestran lo contrario a través de la interconectividad que se plantea sucesivamente en algunas de sus obras: *Biografía del Caribe* (1945), Bogotá, Planeta, 2000; *Limón reggae*, San José, Legado, 2007; *La isla bajo el mar*, Barcelona, Plaza & Janés, 2009. Véase, además, Silvia Valero, “Introducción”, *Boletín Tinkuy* (Montreal), núm. 13 (junio de 2010), número monográfico *Entre las “ruinas” y la descolonización: reflexiones desde la literatura del Gran Caribe*, pp. 5-13.

² Gustavo Bell, “¿Costa atlántica? No: costa Caribe” (1995), en Alberto Abello, comp., *El Caribe en la nación colombiana*, Bogotá, Museo Nacional de Colombia/Observatorio del Caribe Colombiano, 2006.

³ Me atengo al uso generalizado de este concepto desde los estudios culturales de las últimas décadas en lo referido al caudal de representaciones, de cosmovisiones, sustentadas con mucho de pensamiento simbólico.

arrastrado, y tantos otros fenómenos socioculturales, que la crítica ha decantado, como la existencia plural de cosmovisiones con sus propios polirritmos. De esta manera, en el plano epistemológico cabría recordar la totalidad caleidoscópica del Caribe planteada por Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant que coloca como su pivote esencial lo complejo, dinámico y cambiante de la identidad de identidades.⁴ En la misma dirección puede mencionarse el nexo existente entre los distintos circuitos culturales que Édouard Glissant describe al modo de un tejido relacional con rizomas fecundantes en todas las direcciones.⁵

En estos predios reclama una atención particular —en busca de mayor protagonismo y visibilidad ante el impacto acumulado de las brechas de género—, el heterogéneo segmento sociodemográfico y sociocultural representado por la mujer del Caribe. Así como el panorama sociocultural caribeño no puede homogeneizarse, tampoco es posible aplicar criterios reduccionistas al estudio de la mujer. Por eso comentaremos, aunque sea someramente, su situación actual, sus limitaciones participativas, su posición vulnerable y los grandes riesgos que en materia medioambiental se ciernen sobre su existencia como parte de la población que habita los Estados insulares y las zonas bajas del continente. Con estas coordenadas abordaremos su presencia en el contexto, dentro y fuera, de este mar irisado y su resonancia en términos de imaginarios.

Múltiples estudios sociales confirman el peso de larga data que sobre la mujer caribeña recae derivado de la desigualdad económica y social que identifica a la región de América Latina y el Caribe. Aun cuando se cuenta con el amplio legado de conquistas sociales del siglo xx —incluidas las luchas republicanas en las que se insertan el sufragismo, el proceso de descolonización, los avances promovidos por la Conferencia Internacional de Beijing y los parámetros de cultura y desarrollo levantados por los organismos internacionales—, continúan hoy día en la región condicionamientos de exclusión y pobreza, de discriminación social, económica y laboral, de violencia intra y extradoméstica, de segregación en términos de salud sexual y reproductiva. Las expertas Rhoda Reddock, de Trinidad y Tobago, y Alice Colón, de Puerto Rico, enmarcan los empeños de

⁴ Valero, “Introducción” [n. 1], p. 7.

⁵ Édouard Glissant, *El discurso antillano* (1981), La Habana, Casa de las Américas, 2010, pp. 128, 188, 237; véase del mismo autor, *Poétique de la relation*, París, Gallimard, 1990.

las caribeñas en estas condiciones, a las que se suman las de carácter racial y étnico, de improntas colonialistas y neocolonialistas, que las han vinculado con los movimientos en torno de la identidad nacional, el cambio social y el desarrollo, sin abandonar sus esferas cotidianas de acción: la fábrica, la economía informal, los servicios, el campo o cualquiera otra vía de supervivencia alternativa como la migración cada vez más feminizada intra y extrarregión que ha promovido la explotación intensa en los servicios domésticos y en la industria internacional de tráfico sexual.⁶ Y, como factor agravante, los frecuentes desastres naturales intensificados por la degradación ambiental y el cambio climático.

La crisis global que alcanza a todo y a todos ha determinado el recrudecimiento de la difícil situación en la que se encuentra hoy la mujer caribeña. Las más pobres entre los pobres siguen siendo las mujeres, sobre todo las que fungen como jefas de familia. Mujeres forman significativamente los contingentes de la economía informal, insegura y mal remunerada, a la vez que levantan sus voces contrahegemónicas por sus propios derechos y por el derecho de compartir la construcción social. De aquí que, a pesar de su exclusión sistemática, ciertos datos de su participación política muestran resultados interesantes. Por ejemplo, en Santa Lucía, Antigua y Barbuda, Jamaica, Bermudas, San Vicente y las Granadinas los gobiernos están encabezados por mujeres, en tanto que la representatividad femenina parlamentaria en la región se mueve entre 25 y 43%. A lo largo del siglo xx, una de sus más vigorosas banderas fue el derecho al voto, largo proceso que alcanzó la segunda mitad de la centuria debido a la tardía recepción de este derecho en Haití y San Vicente (década de los cincuenta). Paralelamente, las caribeñas reivindicaron para sí el acceso a la educación, la protección social y el respeto étnico, batalla sostenida que ha tenido frutos en organizaciones de diferentes etnias y orientaciones, inclusive en el plano internacional.

Aunque en la actualidad algunos politólogos cuestionan el verdadero alcance del proceso descolonizador en el Caribe,⁷ hay que admitir que la segunda mitad del siglo xx asistió a cambios

⁶ Alice Colón y Rhoda Reddock, “Cambios en la situación de las mujeres en el Caribe a través del siglo xx”, *Revista del Centro de Investigaciones Históricas* (Río Piedras, Puerto Rico), núm. 14 (primavera de 2002), pp. 213-245.

⁷ Entre ellos Graciela Chailloux, de la Universidad de La Habana, y varios autores que tratan el tema de la descolonización inconclusa en la revista *América Latina en Movimiento* (Quito), núm. 474 (abril de 2012), en DE: <<http://alainet.org/publica/474.phtml>>.

políticos que propiciaron una relativa mayor autonomía en el Caribe anglófono y holandés como la obtención del estatus de Departamento en las colonias francesas y la caída de tres dictaduras sangrientas en Haití, Cuba y República Dominicana. Todo ello condujo a que hacia el último tercio en la mayoría de los países se registraran avances de algunos indicadores sociales (expectativa de vida, mortalidad infantil y alfabetización), al tiempo que crecía la agenda social de la mujer en respuesta a la llamada “segunda ola del feminismo” y se cohesionaban sus organizaciones. Con los resultados de Beijing en 1995 y las metas internacionales de cultura y desarrollo, se establecieron las necesarias correlaciones entre la participación económica, la pobreza y la desigualdad, a la vez que se debatía el tema de la participación política de la mujer en estructuras estatales. Sólo que la vida cotidiana ha quedado rezagada en cuanto a la aplicación real de estas proyecciones.

Ante tal realidad cabría preguntarse: ¿cuál ha sido la función de la mujer caribeña en el proceso de emancipación, en la memoria histórica y su refracción en la identidad? Lo primero que salta a la vista es que tan diversa como la contextualización socioespacial es la participación femenina en su construcción. Impresionante número de mujeres reclama justicia histórica. Entre las ineludibles, de norte a sur, las esclavas abolicionistas norteamericanas, comenzando por la obra pionera de la primera escritora negra en Estados Unidos, la esclava bostoniana de origen senegalés Phillis Wheatley, manumitida en 1773, el mismo año de la publicación en Londres de su obra *Poems on various subjects religious and moral*.⁸ La lucha por la libertad de los esclavos norteamericanos tuvo como eje emblemático el ferrocarril subterráneo (*railroad underground*) sostenido en gran medida por las extraordinarias Araminta Ross (Harriet Tubman) y Sojourner Truth, quienes evadiendo perros y cazadores sirvieron como puente humano para la huida de centenares de esclavos hacia el norte de Estados Unidos y Canadá.⁹

En la cuenca caribeña propiamente dicha existe un registro notable de mujeres sublevadas contra opresiones y maltratos. Recuérdese, entre muchas, a las taínas de Cuba, Marica y Casiguaya,

⁸ Antumi-Toasijé, *Mujer africano norteamericana decimonónica: imagen, discurso y actitudes liberadoras*, en DE: <<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero28/mujafro.html>>. Consultada el 25-v-2012.

⁹ Howard Zinn, *La otra historia de los Estados Unidos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004, pp. 124, 132, 138.

y a las incontables esclavas implantadas en el Caribe que impusieron su desacato a los mecanismos esclavistas desde la captura y travesía oceánica. Esta resistencia ha sido objeto de varios estudios especializados. Barbara Bush presenta un amplio cuadro sobre las acciones en levantamientos de esclavas en Granada, Guyana Británica, Dominica y Jamaica. En tales acciones pasaron a la historia Joan de Antigua, Claire de Guayana Francesa, Miletta, Cubah y Nanny de Jamaica.¹⁰ Nanny, más que *obeah* y sacerdotisa cimarrona del siglo XVIII, se ha convertido en un mito debido a su enorme prestigio religioso, táctico y político. Arlette Gautier destaca el coraje de Marie-Jeanne y Sanité Belair de Haití y de la mulata guadalupeña Solitude en las luchas revolucionarias anticolonialistas, a la vez que presenta a las esclavas como fuerza colectiva, enfrentadas a la represión y a las torturas.¹¹ En la misma perspectiva, Celsa Albert revela la resistencia insurgente y la doméstica de las esclavas en La Española y remonta a 1522 la insurrección de Nigua en donde inserta a la mujer, mientras indica la cifra de 2 335 esclavas escapadas, sólo en el siglo XVI.¹² En Cuba la historia reporta a dos negras esclavas como las más rebeldes entre las rebeldes: la legendaria Carlota del palenque Triunvirato y Rosa Castellanos, capitana del ejército anticolonial mambí y jefa del más grande hospital de campaña en la guerra de liberación contra España.

En tierras venezolanas, desde fechas tempranas en la colonización, la esclava Guiomar (1552) quebraba los grilletes y promovía rebeliones contra el poder esclavista.¹³ Posteriormente, tres esclavas de Colombia conocidas como Guiomar Bran, Leonor Zape y Paula de Eguiluz —procesadas en Cartagena de Indias por el Tribunal del Santo Oficio a causa de sus supuestos tratos con el demonio y sus prácticas subversivas contra los dogmas del catolicismo—, dieron mucho que hacer en el siglo XVII.¹⁴ Entre 1618 y 1622, Leonor Zape

¹⁰ Barbara Bush, *Slave women in Caribbean society: 1650-1832*, Bloomington, Indiana University Press, 1989, pp. 71, 160.

¹¹ Arlette Gautier, *Les Soeurs de Solitude: femmes et esclavage aux Antilles du XVIIe au XIXe siècle*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2010, pp. 198, 216, 224.

¹² Celsa Albert, *Mujer y esclavitud en Santo Domingo*, Santo Domingo, CEDEE, 1993, pp. 46-56.

¹³ Temístocles Salazar, “Los nombres de Venezuela”, *Geoenseñanza* (Universidad de Los Andes), vol. 14 (julio-diciembre de 2009), pp. 319-326, en DE: <<http://www.saber.ula.ve>>. Consultada el 24-VI-2012.

¹⁴ Véanse los siguientes trabajos de Luz Adriana Maya Restrepo, “Brujería y reconstrucción étnica de los esclavos del Nuevo Reino de Granada, siglo XVII”, *Geografía humana de Colombia: los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998, tomo VI; “Las brujas de Zaragoza: resistencia y cimarronaje en las minas

y Guiomar Bran, originarias de las sabanas subsaharianas, después de un tiempo de vivir como esclavas en América, comparecieron ante comisarios e inquisidores de la ciudad caribeña por participar en las juntas de negros, en donde supuestamente se adoraba a Satanás.¹⁵ Este proceso concluyó con la realización de un auto de fe en 1622, cuando el Santo Oficio condenó a Leonor a que llevara hábito de penitente por el resto de sus días y a Guiomar, a cadena perpetua en las cárceles de la Inquisición. Paula de Eguiluz, nacida en Santo Domingo de madre guineana, enfrentó en 1624 y en 1632, respectivamente, dos procesos inquisitoriales acusada de brujería, sobre todo por sus prácticas en el oficio del “bien querer”, de origen yoruba, con el que pretendía amarrar amantes y maridos y dominar su sexualidad a través de amuletos, pócimas, ungüentos, oraciones y conjuros. En términos generales, las supuestas brujas y las reales curanderas habrían de esperar más de dos siglos antes de que sus saberes de medicina popular tradicional fueran ennoblecidos y respetadas las prácticas sociorreligiosas no católicas, como hoy se valora y se respeta ese clásico de la cultura caribeña que es *El monte* de Lydia Cabrera, libro en el que las plantas y todo lo viviente tienen voz y voluntad.

Con la Revolución Haitiana en el siglo XVIII los esclavos alcanzan por primera vez la libertad aunada al poder político en América. En esta irrupción protagonizada por Boukman participa una sacerdotisa que ritualiza el grito emancipador. Pero también mujeres innumerables combatieron en la lucha independentista contra el ocupante galo y cumplieron misiones de retaguardia, lo que con el paso del tiempo se convertirá en acciones de verdadera resistencia heroica durante la prolongada tiranía duvalierista en el siglo XX. Por otra parte, en Cuba la producción escritural de este mismo siglo XVIII recoge el texto “Havaneras, fidelísimas vasallas de v.m.”, testimonio insólito de la ilustrada Beatriz Jústiz y Zayas, marquesa Jústiz de Santa Ana (1733-1803). En forma de memoria de las mujeres de La Habana dirigida al monarca español Carlos III, incrimina al gobernador en Cuba y a sus oficiales por no haber de-

de Antioquia, Colombia (1619-1622)”, *América Negra* (Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana), núm. 4 (diciembre de 1992), pp. 85-98; y “Paula de Eguiluz y el arte del bien querer: apuntes para el estudio de la sensualidad y el cimarronaje femenino en el Caribe, siglo XVII” (1999), *Historia Crítica* (Bogotá), núm. 24 (2003), en DE: <<http://dialnet.unirioja.es>>. Consultada el 24-VI-2012.

¹⁵ *Ibid.*

fendido adecuadamente la ciudad ante el ataque inglés de 1762.¹⁶ Se trata de una transgresión con todas las de la ley.

Un siglo después, en 1869, en la guerra emancipadora de Cuba, Ana Betancourt proclama su exigencia jurídica y civil de los derechos emancipatorios de la mujer en un alegato que se conserva como un clásico del pensamiento feminista de la región. Cubanas también guerrearon con grados de oficiales en el ejército libertador de Cuba, sirvieron como mensajeras, garantes de hospitales de campaña y emigradas promotoras de apoyo para la guerra anticolonial de Cuba, desde oficios muy humildes hasta posiciones de gestión diplomática al modo de la desplegada por Emilia Casanova en Norteamérica. El siglo pasado reportó un notable activismo en la mujer cubana a través de su propia organización civil, congresos nacionales de reivindicaciones feministas de alcance social, lucha sufragista, obtención de varios derechos civiles y su combate sostenido hasta alcanzar las innegables conquistas que trajo consigo la Revolución Cubana en 1959.

En La Española, al rechazar a invasores en el siglo xvii y al dominio haitiano en el xix, decenas de dominicanas se rebelaron contra las diversas formas de ocupación y se convirtieron en el siglo xx en adalides de la oposición a la intervención extranjera (paradigmática fue Ercilia Pepín), en verdaderas guerrilleras (como María Girón) y en combatientes en la guerra de 1965 simbolizadas por Yolanda Guzmán. En Puerto Rico, Mariana Bracetti bordó la bandera de la abortada república en 1868 y participó de las acciones revolucionarias de entonces. Lola Rodríguez de Tió defendió a las víctimas del sádico *componte* colonialista de 1887. Abrió el siglo xx Luisa Capetillo, la feminista que legó estimables testimonios de sus posiciones transgresoras. Luego, Lolita Lebrón escribirá su historia de resistencia contra la ocupación foránea hasta su fallecimiento en 2010.

Las más recientes conmemoraciones del bicentenario del proceso independentista en América enriquecieron la visión sobre la diversidad de los artífices libertarios, compuestos y encabezados no solamente por la élite criolla, sino también por nativos amerindios, esclavos de ascendencia africana, mestizos, sirvientes escriturados

¹⁶ Véase “‘Memorial’ y décimas dirigidos a Carlos III en ocasión de la toma de La Habana por los ingleses”, en Luisa Campuzano y Catharina Vallejo, eds., *Yo con mi viveza: textos de conquistadoras, monjas, brujas, poetas y otras mujeres de la Colonia*, La Habana, Casa de las Américas, 2003, pp. 183-194.

de varias latitudes y luchadores de distintas banderas, protagonistas de un internacionalismo pionero, a la vez que arrojaron nuevas luces sobre las acciones de la mujer empuñando las armas o en labores de enfermería, de aseguramiento y de acopio de información. De modo generalizado, los historiadores coinciden en justipreciar la presencia femenina en los acontecimientos independentistas en Norte, Centro y Sudamérica y ofrecen una larga lista de mujeres inmoladas en combates y otras aniquiladas por torturas o pena capital. Las caracterizaba una valentía impar.

En México, los estudios testimonian el calado de la conciencia de sus luchadoras independentistas, lo que se replicará con nuevos bríos en la Revolución de 1910.¹⁷ Del Caribe sudamericano, entre muchas, viene a la memoria la patriota cartagenera Leonor Guerra, quien tras ser capturada por las tropas realistas, falleció por la tortura.¹⁸ Cartagena, la ciudad muralla del Caribe, cuenta con una extensa galería de la entereza femenina frente al avance realista en la larga contienda contra el poderío español. En Venezuela, la historia refiere que en la Isla Margarita heroínas de la talla de Luisa Cáceres se destacaron por su bravura ante el ejército colonial.¹⁹ Se llegó a decir que las margariteñas realizaron tal despliegue de audacias ante la amenaza de intervención del general español Pablo Morillo, que éste decidió retirarse.

A este acontecer se añaden las contribuciones de la población femenina al proceso cultural y educativo de la región. En el siglo XIX tuvo connotaciones especiales el impulso que en Veracruz dieron las féminas a instituciones docentes, revistas, suplementos, sociedades, logias y a la significativa institucionalización de la educación para la mujer en la secundaria superior, a través de los llamados institutos de señoritas en Costa Rica, República Dominicana y Cuba, fundamentalmente en los centros dirigidos por Salomé Ureña en Santo Domingo y María Luisa Dolz en La Habana. Pero

¹⁷ Natividad Gutiérrez, “Mujeres patria-nación. México: 1810-1920”, *Revista de Estudios de Género. La ventana* (México, Universidad de Guadalajara), núm. 12 (diciembre de 2000), pp. 209-243, en DE: <<http://redalyc.uaemex.mx/>>. Consultada el 24-VI-2012.

¹⁸ Véase Ana Serrano y Jenni Lorena Mahecha, “Castigos aplicados a las mujeres que participaron en el proceso de Independencia de la Nueva Granada”, ponencia presentada en el XV Coloquio Internacional de la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres, “Mujeres e historia: diálogos entre España y América Latina”, Bilbao, 11 al 13 de noviembre de 2010.

¹⁹ Gladis Higuera, “El rol de la mujer en la historia”, *Revista de la Sociedad Bolivariana del Estado Táchira* (Venezuela), año 19, núm. 24 (julio de 2010), en DE: <<http://proyectos.saber.ula.ve/>>. Consultada el 8-III-2012.

más aún: tanto en la capital dominicana como en La Habana se asumieron las pautas de una educación cultivadora de la independencia femenina, opuesta a las ataduras de la domesticidad, y se aplicaron paradigmas curriculares basados en las ciencias. En el caso particular del Instituto de Salomé Ureña en Santo Domingo, se siguieron las concepciones de la llamada educación objetiva y racional del destacado educador y pensador puertorriqueño Eugenio María de Hostos. Entretanto, el Colegio María Luisa Dolz en Cuba se adentró en el siglo xx bajo las directivas educacionales más avanzadas de Europa y Norteamérica, sin descuidar los valores de la educación ciudadana cubana.

Hasta en los lejanos confines de la Antártica, numerosas caribeñas han realizado aportes de primera magnitud en las ciencias médicas y otras ramas del saber. En las ciencias sociales se estudia la práctica de la medicina natural entre las amerindias y las *obeah*, *manbos* y sacerdotisas de las distintas latitudes de la llamada Afroamérica. Glorias de la cultura y del deporte llenan las páginas de nuestra historia común con una notable incidencia femenina, incluido un Premio Cervantes para la cubana Dulce María Loynaz; el Carbet para la guadalupeña Maryse Condé; el Beaumarchais para la haitiana Evelyne Trouillot; Premio Centroamericano de Novela para la panameña Gloria Guardia; el Premio Nacional de Novela ha recaído dos veces en la costarricense Anacristina Rossi; la haitiana Edwidge Danticat ha recibido los premios Puschcart y Dew Breaker; la dominicana Julia Álvarez se ha hecho acreedora a diversos premios que se otorgan en Estados Unidos; las cubanas Dora Alonso, Reina María Rodríguez, Marlyn Bobes, Sonia Rivera-Valdés y la puertorriqueña Ana Lydia Vega han recibido el Premio Casa de las Américas; la colombiana Marvel Moreno, el Premio Grinzane Cavour de Italia; el Premio Arístides Rojas para la trinitaria-guayanesa-venezolana Lucila Palacios;²⁰ el Premio Whitbread para la guayanesa Pauline Melville; la Medalla de Oro Musgrave para la jamaíquina Olive Senior. Y así podría continuarse la lista de manera interminable.

Ante estos hechos convendría volver sobre algunas de las obras clásicas del pensamiento de la región para valorar cómo este nivel de creación y la impronta de la mujer, en tanto sujeto

²⁰ Véase Bettina Pacheco Oropeza, "El mar Caribe en dos escritoras venezolanas", *Argos* (Caracas), vol. 24, núm. 47 (julio de 2007), en DE: <<http://www.scielo.org.ve>>. Consultada el 19-v-2012.

de construcción histórica y social, ha confluído o no en sus fundamentaciones. En el siglo XIX es medular el texto *La educación científica de la mujer* (1873) del puertorriqueño Eugenio María de Hostos, que reclamaba el acceso a conocimientos de ciencia para la población femenina. El historiador venezolano Arístides Rojas no incorpora a la mujer en sus *Estudios históricos: orígenes venezolanos* (1891), salvo una mención a las indígenas de Cubagua. Para esta fecha, desde Nueva York, José Martí ha ofrecido algunas imágenes enaltecedoras sobre la mujer cubana en la prensa de la época. El intelectual trinitario Cyril James brinda en su obra *Los jacobinos negros: Toussaint Louverture y la Revolución de Saint Domingue* (1938) un friso histórico-social en el cual la mujer asume papeles significativos en la Revolución Haitiana. En *Historia de la Revolución de Haití* (1966), el historiador cubano José Luciano Franco pondera el papel de la sacerdotisa de Bois-Caïman y narra la defensa heroica de Crête-a-Pierrot en la que descolló Marie Jeanne Lamartinière. El historiador trinitario Eric Williams denuncia en *El negro en el Caribe* (1942) el colonialismo y sus prácticas discriminatorias sobre la mujer. En otra de sus obras, *Capitalismo y esclavitud* (1945), Williams hace referencia al tráfico humano que se practicaba en el Caribe del siglo XVIII a partir del secuestro de mujeres y niñas en Londres y Bristol.

En *Biografía del Caribe* (1945), el pensador colombiano Germán Arciniegas estremece con el relato de las indias que matan a sus hijos para librarlos de la esclavitud. Luego evoca a mujeres como la virreina de Santo Domingo; las de Cuba que se quejan ante el rey por la cobardía del gobernador de La Habana; las explotadas sexualmente en el Haití del siglo XVIII; a Josefina de Beauharnais, la martiniqueña que fue el amor de Napoleón; y a las mulatas de Nueva Orleans como Sanité Dédé, la Reina del Vudú. En *Pieles negras, máscaras blancas* (1952), Frantz Fanon, intelectual martiniqueño, vertebró su denuncia contra el racismo del colonialismo francés y sus secuelas de enajenación en los negros colonizados, incluidas las mujeres. En *Los condenados de la tierra* (1961), obra considerada como un manifiesto tercermundista, Fanon reclama la acción equitativa de hombres y mujeres en los procesos de liberación y de construcción nacional. En su texto *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe, frontera imperial* (1981), el historiador dominicano Juan Bosch recoge casi en solitario la actividad de las cubanas en la emigración revolucionaria del siglo XIX. Publicado el mismo año que el de Bosch, *El discurso antillano* (1981), del

pensador martiniqueño Édouard Glissant, apenas toca el tema de la mujer, salvo cuando recuerda las agresiones sexuales de que fue objeto durante el periodo de la esclavitud y sus repercusiones negativas sobre su sexualidad, a la vez que describe los pilares del machismo antillano.

En *La isla que se repite* (1989), el escritor cubano Antonio Benítez Rojo sigue el tema de la mujer caribeña a través de la obra de tres escritores: Alejo Carpentier, Wilson Harris y Fanny Buitrago. En *Los pasos perdidos* (1953) y *El palacio del pavorreal* (1960) distingue a las mestizas Rosario y Mariella. En *Viaje a la semilla* (1944), advierte la fuerza que Carpentier concede a la negra adivina, *iyalocha* de la ritualidad afroamericana. Y asumido el vigor proteico del mestizaje, señala cómo Buitrago estructura la acción de cuatro mujeres en la novela *Los pañamanes* (1979). En todos los casos los personajes femeninos se muestran crecidos desde la subalternidad, pues ejercen influencia no desestimable sobre el destino de los blancos.

A partir de su recepción del tema de la mujer y su incidencia regional en las obras de autores de tal calibre puede colegirse que el componente femenino se asume como sujeto histórico en los procesos de liberación y de construcción nacional, a la vez que su enajenación se deriva de la violencia y la marginación. Sin embargo, un balance general arroja que —aún concediendo alguna excepcionalidad a las obras de Frantz Fanon y Cyril James— las valoraciones de este grupo de autores no cubren la plena dimensión sociohistórica del papel de la mujer en el Caribe.

De todos modos, desde su propia mirada, la mujer se piensa a sí misma y se contextualiza, pensando a los demás en sus raíces, en su devenir y en sus proyecciones. Desde esta óptica, existe un volumen documental significativo de estudios de carácter local. Pero no abundan en similar cuantía los de visión regional, entre los que podrían mencionarse los siguientes: Claudie Beauvue-Fougeyrollas, *Les femmes antillaises*, París, 1979; Margaret D. Rouse-Jones, comp., *Sources for the study of Caribbean women in history*, Trinidad, 1988; Janet Momsen, ed., *Women and change in the Caribbean*, Kingston/Bloomington/Indianápolis/Londres, 1993; Consuelo López Springfield, ed., *Daughters of Caliban: Caribbean women in the twentieth century*, Indianápolis/Londres, 1997; Elsa Leo-Rhynie, Barbara Bailey y Christine Barrow, eds., *Gender: a Caribbean multidisciplinary perspective*, Kingston, 1997; Naciones Unidas, *Women and social production in the Caribbean*,

1995-2001; Miriam Dacosta Willis, *Daughters of the Diaspora*, Kingston, 2003; y *La resistencia en las Antillas tiene rostro de mujer*, Santo Domingo, 2004, de la autora de este ensayo.

De inmediato, la complejidad cultural aludida anteriormente y la pluralidad de sus asunciones plantean un sinnúmero de problemáticas: las relaciones colonia-metrópoli, la resonancia de los procesos de descolonización, las dinámicas de esclavitud y libertad, la diversidad cultural surgida de las más variadas improntas culturales, la migración sostenida que parece feminizarse constantemente, la violencia genérica que no cesa, las formas rizomáticas de la cultura en la diáspora, en el tejido de la música, la oralidad, la memoria y la religiosidad popular... Esta plataforma ideotemática permite decantar una selección de sus concreciones en el arte de las escritoras del Caribe a partir de sus peculiares sensibilidades.

Retomando la epistemología, reiteramos las reflexiones de los críticos martiniqueños sobre la cosmovisión caleidoscópica del Caribe y particularmente las de Glissant sobre la posibilidad de identificar rizomas como irradiaciones en los fenómenos culturales no dependientes de un tronco jerárquico, sino con valores afines en su multirrelación, en su pluralidad. Desde estos referentes teóricos realizaremos algunas aproximaciones al imaginario de las mujeres caribeñas a través de una muestra de su expresión escritural, fundamentalmente la narrativa, por ser este vehículo estético el que recoge con mayor grado de complejidad y de perspectivas las circunstancias plurales de la región. Y aunque a veces parezca ecléctico el modo de abordaje, siempre habrá un hilo conductor de troncos temáticos que orienten la valoración crítica, sin que esto signifique que se constriña la plurisemia de esta producción ni se busquen derroteros sexuados a ultranza. Por lo tanto, aparecerán algunas obras que, si bien priorizan un tema, participan también de otros troncos temáticos.

Un primer acercamiento ofrece la constatación de que en la producción textual de nuestras escritoras es relevante su contribución al desvelamiento de la región y a la estetización de sus contextos socioculturales. Aunque sus voces fueron confinadas a los conventos en su irrupción en el siglo XVI, en esas locaciones comienza su ejercicio escritural que irá desplegándose en poemas, cartas a destinatarios incluso del más alto rango social y político, autobiografías, confesiones, crónicas e incriminaciones a represores —como el insólito caso del ambular, en pos de justicia, de la

esclava Plassy Laurence por cuatro islas del Caribe, Nevis, Saint Thomas, Puerto Rico y Cuba.²¹

La escritora dominico-cubana Camila Henríquez Ureña refiere que en fecha tan temprana de la colonización como fue el año 1509, quizá puede encontrarse en La Española la existencia de una especie de corte renacentista que doña María de Toledo —esposa del virrey almirante Diego Colón y descendiente del rey Fernando el Católico y del duque de Alba— organizó y comenzó a animar en pleno despegue de la centuria.²² Del propio siglo XVI son las dos primeras poetisas conocidas de la América de savia hispánica: Elvira de Mendoza y Leonor de Ovando, cuya producción tuvo lugar en la ciudad norteña de Puerto Plata. Un dato interesante sobre ruptura de reglas y marcos inherentes al desempeño de prioratos es que Leonor de Ovando fue acusada de injerencia en asuntos no religiosos al quejarse ante el rey de los abusos cometidos en la isla por parte del gobernador apellidado Osorio.²³

A partir de su despegue en la primera mitad del siglo XIX, en la narrativa irán apareciendo los textos de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, entre ellos sus leyendas y su novela antiesclavista *Sab* (1841); la sutil ficcionalización de las narraciones de la primera escritora profesional mexicana, la veracruzana María Enriqueta Camarillo, en la segunda mitad del siglo XIX; la gestación de la novela *Madre culpable* (1892) de la dominicana Amelia Francasci; la publicación de la novela *Luz y sombra* (1903) de la puertorriqueña Ana Roqué, escrita desde la identidad femenina; la emergencia de la corriente cubana de novelas de tema femenino escritas por mujeres que denunciaban injusticias, como Gabriela Garbalosa con *La gozadora del dolor* (1922) y Ofelia Rodríguez Acosta con *La vida manda* (1929); la publicación de la novela *Jardín* (1951) de Dulce María Loynaz en la que la protagonista es una enigmática mujer imbricada con el mar; y las primeras novelas de la venezolana Teresa de la Parra y de Lucila Palacios, hasta arribar a la segunda mitad del siglo XX cuando irrumpe con toda su fuerza la narrativa caribeña de pluma de mujer, cuya proliferación temática transida de

²¹ Digna Castañeda, “Demandas judiciales de las esclavas en el siglo XIX cubano”, en Luisa Campuzano, coord., *Mujeres latinoamericanas: historia y cultura: siglos XVI al XIX*, La Habana, Casa de las Américas, 1997, tomo I, pp. 221-230.

²² Camila Henríquez Ureña, “Mujeres de la Colonia II”, en *id.*, *Obras y apuntes*, v. *La mujer*, Santo Domingo, Editora Universal/BanReserva, 2007, pp. 13-22.

²³ *Ibid.*, p. 105.

diversos puntos de vista —en los que no faltan las perspectivas de raza, clase, género e identidad— obliga a definir líneas de prioridad. Así, nuestras rutas andarán por la recurrente identidad —el ser en autorreconocimiento—, imantada por la diáspora, como recurso sociohistórico emergente.²⁴

En términos de identidad, con frecuencia se ha identificado al colonizado caribeño con Calibán, el personaje de *La tempestad*, de Shakespeare, aunque habría que preguntarse —como lo han venido haciendo autoras de la talla de Beatriz González-Stephan, Lisa Block, Sara Castro-Klarén y Belén Castro— dónde está Miranda,²⁵ el personaje femenino tocado alguna que otra vez por nuestras narradoras.²⁶ Y es que la perspectiva calibanesca entronizada obedece a la cosmovisión androcéntrica. De todos modos, convengamos en que la identidad ha sido profusamente tematizada por las escritoras del Caribe para reafirmar un discurso no precisamente de subalternos colonizados, sino de intérpretes de una muy singular otredad proclamada con tintes calibanescos.

Las novelistas hacen suyo el tema de la identidad particularmente en las proyecciones de algunos de sus personajes y en sus dimensiones cronotópicas evocadoras de las categorías bajtinianas. Lo insular y lo continental caribeño con sentido de interiorización de lo propio y auténtico va transitando por Gertrudis Gómez de Avellaneda, Dulce María Loynaz, Mayra Montero, Mayra Santos-Febres, Aída Cartagena, Julia Álvarez, Julia de Burgos, Maryse Condé, Simone Schwarz-Bart, Jamaica Kincaid, Edwidge Danticat, Lucila Palacios, Fanny Buitrago, Anacristina Rossi, Zee Edgell, Cinthya MacLeod-Ferrier, entre otras. Es sobre todo en la narrativa donde se refracta de modo general la identidad con la pertenencia a una realidad concreta del Caribe en su propio decursar, como ejemplos tenemos a la haitiana Marie Chauvet, la guadalupeña Simone Schwarz-Bart, la antiguana Jamaica Kincaid, la colom-

²⁴ Utilizo el término *diáspora* y sus derivaciones desde las perspectivas teóricas deslindadas por Ortiz. Es decir, grupos de extranjeros “de una misma oriundez establecidos en un país” y que conservan su cultura, Fernando Ortiz, *El engaño de las razas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2011, p. 31.

²⁵ Véase Belén Castro, “El ensayo latinoamericano y el silencio de Miranda, en la prisión de las metáforas”, en Ángela Sierra y María Lourdes González-Luis, eds., *Razón, utopía y ética de la emancipación*, Barcelona, Laertes, 2011, pp. 95-106.

²⁶ Véase “Shift”, de la jamaíquina Nalo Hopkinson, y “El loro y Descartes”, de la guyanense Pauline Melville, ambos en Elizabeth Nunez y Jennifer Sparrow, eds., *Stories from blue latitudes: Caribbean women writers at home and abroad*, Emeryville, CA, Seal Press, 2006, pp. 138-154 y 236-249, respectivamente.

biana Fanny Buitrago y la beliceña Zee Edgell. En tanto que en las dos Julias, la de Puerto Rico y la de República Dominicana, en la costarricense Anacristina Rossi y en la guadalupeña Maryse Condé, las peripecias y motivaciones fluyen articuladas con derrotos externos que reclaman la reafirmación de las raíces desde las circunstancias diaspóricas, una línea que hace recordar la voz del escritor martiniqueño Aimée Césaire desde su fundacional *Cuaderno de un retorno al país natal* (1939). En Condé se produjo curiosamente una clara resemantización de sus remembranzas africanas al quedar supeditadas a la fuerza de la identidad caribeña.

Resultaría interesante hacer notar también que en la asunción de la identidad individual los personajes femeninos, casi siempre los centrales, se diseñan anclados en su voluntad de defender en distintos grados y escalas el derecho a la existencia plena, al pleno disfrute de la subjetividad, del cuerpo y el eros. Las protagonistas —si bien están flanqueadas por otras mujeres que representan las tradiciones de sometimiento patriarcal—, encarnan en sí mismas la aspiración individual de mejorar sus condiciones de vida y escapar de la domesticidad, lo que en algunos momentos irradia a campos más transgresores como la literatura *queer* y homoerótica, deslindada por la crítica.²⁷

De atmósferas abismales oceánicas, de furias huracanadas, de contrabando impuesto por la pobreza y por la voluntad de los poderosos corruptos, y de naturaleza marítima negadora de agua potable, el Caribe es frontera cerrada para los habitantes de la Isla Margarita que aparecen marcados en su identidad por estas circunstancias en la novela de Lucila Palacios, *El corcel de las crines albas* (1949), obra de significativa resonancia por el nivel estético alcanzado en un tema tan sensible como el de la fuerza trágica del mar y su gravitación sobre la vida de pescadores y “mareras”.²⁸ En términos realistas rayanos con el naturalismo aparecen los pobladores de la isla asfixiados por la explotación y la injusticia social.

Una obra que muestra las contradicciones de la identidad individual por la represión exógena y los problemas de raza es *El vasto mar de los sargazos* (1966), de la dominica Jean Rhys. Antoinette Cosway, la protagonista, es una criolla antillana descendiente de

²⁷ Véase Daniel Balderston, “Baladas de la loca alegría: literatura *queer* en Colombia”, *Revista Iberoamericana* (IILI), vol. LXXIV, núm. 225 (octubre-diciembre de 2008), pp. 1059-1073, en DE: <<http://revista-iberoamericana.pitt.edu>>. Consultada el 15-vii-2012.

²⁸ Término referido a las mujeres margariteñas cuyas vidas dependen del mar.

esclavistas ingleses ricos que busca reafirmar su identidad gestada entre mitos y magias caribeños. Antoinette ha crecido de sensación en sensación en la pletórica naturaleza de su isla caribeña en donde hasta los jazmines le ofrecían frescura y renovadas vivencias. Se le hacía muy difícil hacerse entender por su esposo y represor sentimental, un aristócrata inglés arruinado que precipita en ella enajenación y locura. Al final de los conflictos vividos, de contrapunto en contrapunto en medio de una torcida sexualidad, él la aplasta, la subordina a sus códigos. El final trágico vendrá cuando ella se arroje al vacío envuelta en llamas en una locación señorial de Inglaterra, desenlace que será alegorizado por parte de la crítica como expresión metanarrativa del conflicto opresor-colonizado.²⁹

El autorreconocimiento del personaje central de *No telephone to heaven* (1987), de la jamaíquina Michelle Cliff, puede calificarse en términos de descolonización cultural y de las actuales configuraciones poscoloniales de identidad. En tanto que en *Lucy* (1991), de Jamaica Kincaid, se advertirán los efectos ulteriores de la ya pasada dominación británica sobre las subjetividades caribeñas; la novela cuenta con un entramado en el que se cruzan visiones de género, clase y raza y su protagonista se mueve entre dos fuerzas: la personalidad opresora de la madre y las secuelas del hegemonismo inglés. Con similar orientación, Kincaid escribirá *Un pequeño lugar* (1988) a partir de la mirada de quienes intentan escapar de la otredad impuesta en otros tiempos por los colonizadores. En la primera parte la voz narradora parece dirigirse a un turista del primer mundo y emergen reflexiones cuestionadoras del presente de la isla. En la segunda parte se pone de manifiesto la duda sobre la capacidad del nativo de dirigir su propio país hacia el camino del desarrollo. No hay colonizadores visibles, éstos han sido sustituidos por la corrupción y la ignorancia, no obstante, queda en definitiva un mensaje alentador que la crítica se ha encargado de ponderar: “no todo está perdido: aún queda un elemento unificador, un elemento conciliador que no depende de la historia, ni de las letras, ni del odio”, ni del “otro”, ni de los “ingleses mal educados”, ni de la supuesta incapacidad de los isleños. La exuberancia y belleza de la isla es patrimonio de todos.³⁰

²⁹ Nara Araujo, “Del delirio a la anagnórisis: la novela femenina francófona en el Caribe”, *Del Caribe* (Santiago de Cuba), núm. 23 (1994), pp. 40-44, esp. p. 40.

³⁰ Audy Yuliser Castañeda, “Jamaica Kincaid y la construcción de la identidad caribeña”, *Revista Electrónica de Estudios Filológicos* (Caracas, Universidad Pedagógica

La trilogía *Amour, colère et folie* (1968), de la haitiana Marie Chauvet, es ilustrativa del conflicto de la identidad femenina con el devenir en la isla de origen, a través de las vías ineludibles del poder, la religión y la raza que afectan el flujo de lo individual y lo colectivo en la nación desangrada por el duvalierismo. Los personajes viven en el miedo como norma existencial: por el color de la piel, por la insania del abuso del poder y por la represión. Las mujeres son victimizadas con la más absoluta brutalidad. Las identidades se dislocan, se enrarecen. Por la voz de esta obra se legitima la necesidad de la redención de ese pueblo y, con él, de sus mujeres. En suma: del rescate de la auténtica identidad.

Al vincular historia, leyendas y mitos, trasfundidos en términos de identidad, la novela *Los pañamanes* (1979), de la escritora colombiana Fanny Buitrago, centra sus locaciones en el archipiélago de San Andrés y Providencia, supeditado históricamente a distintas hegemonías antes de pasar al Estado de Colombia. Cuando los españoles arribaron en el siglo XVIII los lugareños les llamaron *pañamanes*, por derivación lingüística de *spanish man*, identificación que pasó luego a los moradores colombianos.³¹ Todo ello confluyó en la emergencia de una compleja composición sociodemográfica transformada en “novela-mito” que, glosando a Benítez Rojo, digamos que aspiró a recoger los pedazos de una identidad dispersa.³² Las matronas son personajes ilustradores de la intensidad del mestizaje en el contexto de la tradición caribeña, atravesado por una realidad subterránea de deterioro social y subordinada a los dictados del turismo internacional.³³ En 1963 Buitrago había colocado en el centro de su novela *El hostigante verano de los dioses* la problemática de la responsabilidad intelectual en la producción de realidades violentas, indicador de peso en la sociedad colombiana. El círculo de jóvenes que se reúne motivado por el arte —en el que sobresale el elemento femenino— no queda exento de las reflexiones axiológicas que generan las relaciones conflictuales entre poderosos y pobres, entre el capital y la pobreza, entre los que pueden atribuirse sus propios derroteros y los que tiene su existencia pendular, insegura todo el tiempo.

Experimental Libertador), núm. 19 (19 de junio de 2010), en DE: <<http://www.um.es>>. Consultada el 15-VII-2012.

³¹ También en Puerto Limón los afrodescendientes llaman *pañas* a los costarricenses, véase Rossi, *Limón reggae* [n. 1].

³² Benítez Rojo, *La isla que se repite* [n. 1], p. 231.

³³ *Ibid.*, p. 237.

En *Beka Lamb* (1982), de la beliceña Zee Edgell, sobresale la asunción de las aspiraciones de identidad colectiva articulada con el proceso de cristalización nacional desde la perspectiva de la mujer, al punto de que se ha hablado de que en esta novela se lleva a cabo la mitologización de la nación.³⁴ En la narrativa centroamericana de sesgo identitario destaca Gloria Guardia quien ha declarado haber escrito su novela *El último juego* (1977) “para denunciar la mentalidad, los estilos de vida y la posición antipatriótica de amplios sectores de la burguesía panameña”.³⁵ Su antihéroe, Roberto Garrido, miembro de la clase fundacional de la nación, encarna lo que la propia escritora ha señalado como el mimetismo de la burguesía hacia los patrones de conducta foráneos, fundamentalmente norteamericanos, en un país en donde todavía es fuerte la presencia de la cultura indígena y la de raíces africanas.³⁶ Ese interés de Guardia por ofrecer retratos críticos de la burguesía o de los estamentos considerados señoriales ha permitido establecer nexos entre su obra y la narrativa de la puertorriqueña Rosario Ferré.³⁷

Por su parte, Ferré recrea tradiciones a la vez que ofrece su visión, con frecuencia paródica, de la incidencia foránea en la cultura de la isla. Particularmente en su relato “Cuando las mujeres quieren a los hombres”, la derivación de calificativos sobre una de sus protagonistas va declinando de símbolos con cierto realce como “Isabel la Perla Negra del Sur”, “la reina de Saba”, “the queen of Shiva”, hasta el ícono consumista, colmo de la banalización: la “Chivas Regal”. El lenguaje transita de lo simbólico-mítico a una clave de consumo que caracteriza una identidad quebrada, con mucho de la desnaturalización progresiva de la lengua materna.

En *Maldito amor* (1986), otra novela de Ferré, pese a que el personaje del hacendado Julio Font lamenta cómo los norteamericanos se han ido adueñando de todo en la isla, el discurso sobre la tierra enarbolado por los hacendados de origen patricio-fundacional es

³⁴ Roydon Salic, “The martyred virgin: a political reading of Zee Edgell *Beka Lamb*”, en DE: <<http://ariel.synergiesprairies.ca>>. Consultada el 21-vii-2012.

³⁵ Véase Ramón Luis Acevedo, *Gloria Guardia y Rosario Ferré: dos visiones burguesas de la burguesía caribeña* (1992), en DE: <<http://lasa.international.pitt.edu/members/congress-papers/lasa>>. Consultada el 19-v-2012.

³⁶ Gloria Guardia, “*El último juego y Libertad en llamas*: la búsqueda de la identidad nacional a través de la desconstrucción del discurso colonial”, *Revista de Estudios Sociales* (Bogotá, Universidad de los Andes), núm. 9 (junio de 2001), pp. 84-89, en DE: <<http://redalyc.uaemex.mx>>. Consultada el 21-vii-2012.

³⁷ Acevedo, *Gloria Guardia y Rosario Ferré: dos visiones burguesas* [n. 35].

desacralizado y parodiado por la autora que expone desde dentro las fisuras de los propios subterfugios y demagogias de los potentados. Al mismo tiempo la trama va mostrando la inserción paulatina de los grandes poseedores del patio en posiciones de asimilación. Pronto asoma la conflictividad entre los colaboracionistas y los independentistas: disyuntiva histórica que ha pasado a ser tematizada por la literatura puertorriqueña y que las novelistas han hecho suya también. El sentido político y económico que sustenta este problema vuelve a ser tratado por la autora en su relato “Isolda en el espejo”, en donde coinciden en una boda los banqueros y empresarios norteamericanos posicionados en la isla con los antiguos hacendados y los nuevos industriales criollos, sobre todo los magnates del ron, vergonzosamente leales al poder del ocupante, mientras se entroniza el *american way of life*. El hilo por donde quebrarán las relaciones a favor de los norteamericanos en la alta sociedad de Ponce, la señorial “Perla del sur”, será el personaje de Adriana Mercier, esposa de Augusto Arzuaga, importante empresario azucarero. El desastre tendrá lugar la misma noche de boda de Adriana y Augusto. Un banquero norteamericano bailó el primer vals con ella pero los giros a los que la sometió fueron tan violentos que Adriana cayó desnuda en la pista, con lo cual provoca la ruina absoluta de su marido, símbolo de lo insular.

Entre la memoria, la oralidad, la religiosidad popular y los flagelos del racismo, Simone Schwarz-Bart asume en su novela *Pluie et vent sur Télumée Miracle* (1972) la problemática identitaria de Guadalupe, su isla natal. Con una estructura de crónica promueve la reflexión sobre las repercusiones poscoloniales dejadas por la esclavitud, a la vez que busca fortalecer los valores autóctonos. En la conciencia de la protagonista se agolpan las imágenes de los esclavos atropellados mientras recibe el acervo que le ha preparado su abuela la Reina Sin Nombre, la negra Toussine, tanto en la convicción de la dignidad para la vida desde sus orígenes y el color de la piel negra, extensible en su metaforización a todos los guadalupeños, como en creencias, mitos, tradiciones y rituales. Télumée será como Reina Sin Nombre: una cuentera, verbo y sangre popular. Y, en definitiva, un mito dentro de un país que se mira a través de ella.

En *El mes más largo* (1994), novela de la curazoleña Diana Lebacs, la conflictividad identitaria se expone desde el punto de vista de las agresiones de la modernidad al medioambiente y a los fundamentos de la comunidad kunuku, encarnada en un conglo-

merado rural por donde atraviesa una autopista recién construida, escenario del accidente de un niño atropellado por un auto conducido a alta velocidad. Y de ahí se desencadenan actos de violencia nativa. El eje de la trama se despliega en torno de una campesina, Ambrosia Petronilia Biriña Faneyte, réplica mimética del personaje de fuerte arraigo tradicional conocido como Mama Grandi. Ineke Phaf-Rheinberger, crítica holandesa, advierte en este texto una proyección subversiva desde los escenarios caribeños al subrayar la presencia de la sabiduría de la cultura popular tradicional de raíces africanas en la comunidad actual como contrapunto con la cultura oficial transmitida en holandés.³⁸ Por lo demás, el tema de la migración, la que se recibe y la que en cifras significativas se dispersa hacia otras fronteras en busca de trabajo, es también un elemento caracterizador del dinamismo identitario de la isla que la novela recoge.

En relación directa con los ejes de la identidad, la diáspora asociada al fenómeno migratorio cada vez más feminizado y marcado por la pobreza, aparece cultivada desde la narrativa de las escritoras de la región. Sin subestimar la producción que la diáspora procedente del Caribe ha realizado en Europa, la que ha hecho en Estados Unidos y Canadá es amplia e importante. Por poner algunos ejemplos podemos mencionar la obra de Edwidge Danticat con las remembranzas de su lejano Haití; la de Julia Álvarez que iconiza la rebeldía ante el desarraigo y recrea figuras emblemáticas de la cultura dominicana como Salomé Ureña y las hermanas Mirabal, asesinadas por la dictadura de Trujillo; la de Rosario Ferré que ve desmoronarse los valores de la nación por el entreguismo de los poderosos; y la producción de la también puertorriqueña Ana Lydia Vega que retoma un tema muy cultivado en la narrativa de su país: la hibridez lingüística encarnada en el fenómeno idiomático del *spanglish*, su emblemático cuento “Pollito *chicken*” tiene como protagonista a Siuzie Bermúdez, una *niuyorican* que lucha a brazo partido por la supervivencia y para ello integra lenguas y culturas.

Desde esta perspectiva, no hay que olvidar que en términos socioculturales el que emigra tiene que ajustar sus códigos de comunicación. Una novela que ofrece claramente este reacomodo sociolingüístico enmarcado en sujetos femeninos es la titulada *De*

³⁸ Ineke Phaf-Rheinberger, “Uncanny carnivalesque effects in Curaçao: *The longest month* by Diana Lebacks”, *Revista Mexicana del Caribe* (Chetumal, Universidad Autónoma de Quintana Roo), año 6, núm. 11 (2001), pp. 229-242, en DE: <<http://redalyc.uaemex.mx>>. Consultada el 25-v-2012.

cómo las chicas García perdieron su acento (1994), de Julia Álvarez. Dice la novela: “Ahora, Yolanda, corría frenéticamente hacia el refugio de su idioma materno, un lugar donde John, orgullosamente monolingüe, no podría atraparla por mucho que lo intentase”.³⁹ Ellas, las chicas, buscarán abrigo en el idioma materno mientras enfrentan una nueva vida en Estados Unidos de Norteamérica, pero no podrán escapar al trasplante diaspórico. En esta misma sintonía de memoria afectiva están escritas las narraciones “In a window” de la trinitaria Dionne Brand; *La memoria acorralada* de la haitiana Evelyn Trouillot; casi todas las novelas de Jamaica Kincaid; *Muá, Patricia* de la venezolana Gloria Stolk; *Limón blues* y *Limón reggae* de Anacristina Rossi; y *Soñar en cubano* y las *Historias prohibidas de Marta Veneranda* de las cubanoamericanas Cristina García y Sonia Rivera-Valdés, respectivamente. En todas esas narraciones subyace la nostalgia producida por el desarraigo, aunque las últimas tendencias indican que tal desarraigo se ha ido resemantizando.

Varias autoras recrean el tema de los desplazamientos en el espacio intercaribeño y su incidencia en la identidad. Son los casos de Gloria Stolk, de la haitiano-venezolana Michaelle Ascencio, de la puertorriqueña Mayra Santos-Febres y de Anacristina Rossi. En la novela corta *Muá, Patricia* (1975), Stolk retoma temas narrativos y los redimensiona a través de la historia de una martiniqueña emigrada a tierras venezolanas en donde se produce la mixtura sincrética de lenguas y culturas como representación de una caribeña legítima. Muá, Patricia, imagen cromática toda ella con su vestimenta y sus enseres, vive de su cuerpo y de sus saberes mágico-religiosos en tanto la costa acoge su deambular enajenado y solitario que recrudece la añoranza de su isla sublimada. El mar verá el fin de sus días, alejada de sus valores más importantes.

En *Amargo y dulzón* (2002) de Michaelle Ascencio, Altina, la protagonista, viaja a Haití, su isla natal metaforizada, para buscar sus raíces. Advierte entonces la vida que fluye en la oralidad de las mujeres de su familia que bucean en el pasado y en antepasados de impronta foránea, incluyendo a esclavos que mantienen en sus imaginarios a sus dioses africanos, a pesar de toda la hostilidad de los esclavistas. En esta narración surge un personaje de tinte especial, la abuela Toribia —originaria de los indígenas kuna de

³⁹ Julia Álvarez, *De cómo las chicas García perdieron su acento*, Barcelona, Ediciones B, 1994, p. 9.

Panamá—, entristecida por los abusos de su marido violento. Otro personaje relevante es la cocinera Finelia, devota de Changó y detentadora del saber vudú, a la vez que conocedora de los vericuetos de la familia. De esta memoria y afectos rescatados, con mucho de imaginación afectiva, Altina se dispone al retorno al nuevo lugar donde transcurre su vida fuera de lo suyo, de lo auténtico, pero viajarán con ella los fragmentos recuperados de su identidad. Será una manera de paliar su desarraigo.

En *Sirena Selena vestida de pena* (2000), de Mayra Santos-Febres, lo femenino aparece trasmutado en el cuerpo de un adolescente travesti, pobre y mestizo, que utiliza su sexualidad desde la metamorfosis de su identidad, a la vez que trafica con las ambigüedades de su propio cuerpo y de su voz privilegiada para el bolero, el género musical de la intimidad. Este personaje axial irradia de modo erotizado hacia el componente social de la trama. Todo lo ve a través de su propio prisma, pero los demás personajes —otros travestis, traficantes de sexo, burguesía corrupta y los desfavorecidos de la fortuna— de un modo u otro también tienen que ver con él y con su personalidad feminizada. De este modo transcurre el ir y venir de Sirena Selena, quien pretende encumbrarse en el mundo del espectáculo como la diva del Caribe en hoteles de lujo, asesorada por Martha Divine, un hombre mayor de oficio proxeneta y director de *shows* de travestis, con todo lo que esto contiene de parodia. Viajan de San Juan a Santo Domingo buscando escenarios prometedores, siempre mirando al Norte. El mundo marginal urbano de San Juan no difiere mucho en degradación humana de la alta burguesía dominicana. Sin prostituirse no hay camino que valga. Y no deja de ser simbólico que Sirena Selena se vea con su amante millonario dominicano en el Hotel Talanquera, como si la autora quisiera decir que ninguno de los dos se compromete a nada para acentuar la enajenación de los personajes.

Convendría comentar además que, de modo muy parecido al tratamiento apuntado en la novela de Jean Rhys en cuanto a su traspolación metanarrativa, la novela de Santos-Febres ha sido objeto de una alegorización que lleva hasta el símbolo politizado a los personajes centrales, al punto de que el crítico Kristian van Haesendonck estima que Sirena Selena viene a ser como la metáfora del cuerpo neocolonizado de la isla en el vórtice del conflicto político de ser estado de la Unión, territorio autónomo o país independiente. Los tres trajes de Sirena Selena parecen glosar esta mascarada o fraude, el traje para cada momento como expresión de la ambigüedad de

lo que se ha calificado como “manera oblicua de sobrevivir” en el Estado Libre Asociado de Puerto Rico, la fórmula política tipo travesti, como una especie de juego a “travestismo primermundista”, extrapolable a otros países caribeños.⁴⁰

Insistiendo en este punto de vista, podría decirse que el hecho de que Sirena Selena se adueñe de la subjetividad del público equivaldría a cierta manera alegórica de rebelión del colonizado. Dicho personaje triunfa fuera de su tierra por sobre su aparente dueño y su proxeneta travesti, pues desaparece con el fruto de un robo perpetrado contra su millonario y maduro galán dominicano. Se esfuma. Pero quedarán los de la calaña de Martha Divine con sus cantos de sirena para explotar a otros como él. Ya de hecho Leocadio es potencialmente el próximo. Como se ha visto, la novela de Santos-Febres tiene varias lecturas, mucho más complejas que la historia del travestismo con adolescentes en el Caribe. Si bien en forma alegórica, la identidad también parece estar en juego.

En *Limón blues* (2002), Rossi muestra en el Caribe costarricense la diáspora jamaquina bajo el signo de la desesperación por la supervivencia y los azotes del racismo. En medio de todo se yergue Irene con toda su pujanza en un discurso dialógico y autorreconociente que la legitima como madre, amante, maestra y luchadora social. La autora volverá sobre estos temas de raigambre identitaria en su última novela *Limón reggae* (2007), desplegados en un prisma étnico y sociocultural de lo más diverso, mientras tiene lugar el enjuiciamiento crítico a la injusticia social y a los desmanes de la política corrupta y demagógica. Las peripecias de Laura-Aisha —personaje clave en el que se entrecruzan rasgos libaneses y mulatos— engarzan el fluir narrativo con los *rastafaris* y los centroamericanos que padecen trágicamente la pobreza extrema y las crueldades innumbrables de la guerra. La evidencia del compromiso ético y político de la autora con la lucha por la plena liberación del ser humano permea la narración de ambas obras de principio a fin. Sumamente provocadores son los títulos de sus novelas sobre Limón: de *blues* a *reggae* emerge la identidad lacerada.

El desarraigo dramático por la incierta travesía en bote o yola hacia Estados Unidos de haitianos, cubanos y dominicanos lo te-

⁴⁰ Véase Kristian van Haesendonck, “Sirena Selena vestida de pena de Mayra Santos-Febres: ¿transgresiones de espacio o espacio de transgresiones?”, *Centro Journal* (Nueva York), vol. xv, núm. 2 (octubre 2003), pp. 87, 90, en DE: <<http://redalyc.uaemex.mx>>. Consultada el 5-vii-2012.

matiza la puertorriqueña Ana Lydia Vega en “Encancaranublado”, de su libro *Encancaranublado y otros cuentos de naufragio* (1982). Hostigados por el riesgo tras haber roto los lazos de la solidaridad espontánea, los tres personajes de este relato se encuentran con otro emigrante, de origen puertorriqueño, una vez que son rescatados por un barco norteamericano, cuya tripulación no deja de mostrarles su discriminación. Ellos cuatro configuran la viva imagen del desamparo en el Caribe compulsado por la diáspora.

En la narrativa escrita por mujeres surge otra arista de interés que conjuga elementos identitarios de personajes femeninos consustanciados con la mitología y la tradición. Cercanas a los personajes de Wilson Harris en *El palacio del pavorreal* (2003) y de Derek Walcott en *Omeros* (1990), *Tituba* (1986) de Maryse Condé y *Télumée Milagro* (1972) de Simone Schwarz-Bart son emblemáticas en la articulación ficción-narrativa y en las dimensiones mitológicas ancladas generalmente en la religiosidad popular y vías fluyentes. A ello se suma la conjunción transculturada de lo afro en su diversidad y lo caribeño en su especificidad que dará lugar a verdaderas expresiones sincréticas, pilares de la identidad en la región. Desde el texto literario las caribeñas representan un discurso “otro”, polifónico, en relación con las concepciones etnocéntricas sobre la mujer y su participación social, particularmente como figura de la religiosidad popular en su hibridez afrocaribeña, reinventada desde una nueva realidad: la del Caribe. No por casualidad junto a Boukman en el grito de independencia de Haití se encontraba también una *manbo*, sacerdotisa del vudú, y son frecuentes las practicantes rituales en el *quimbois* de Martinica. Tampoco es casualidad que, de amo en amo, a la vez que han sufrido los abusos y maltratos propios de su raza y sexo, al cabo del tiempo Tituba y Télumée se conviertan en representaciones del poder simbólico sobre su comunidad. A ellas se agrega Man Cia, bruja *quimboisier*, personaje que conserva la frescura de disfrutar de la libertad cimarrona al metamorfosearse en distintos animales que corren por el bosque sin que nadie pueda atraparlos.

Mezcla de historia, ficción y mitología, la narración de Tituba comienza así: “Un marino inglés violó a Abena, mi madre, en la cubierta del *Christ the King*, un día de 16... cuando el navío navegaba hacia Barbados. De aquella agresión nació yo. De aquel acto de odio y de desprecio”.⁴¹ Sin embargo, Tituba no pudo aprender

⁴¹ Maryse Condé, *Yo, Tituba, la bruja negra de Salem*, La Habana, Casa de las Américas, 2010, p. 33.

a odiar a pesar de haber heredado tan amarga experiencia y de las agonías vividas en la sociedad barbadense esclavista del siglo xvii y en la puritana del nordeste de Estados Unidos donde se vio involucrada en los sucesos de las brujas de Salem. Tras largo suplicio, retornará a su isla para acabar colgada por cimarronaje. Pero ya es un mito. Superó a la historia.

Desde la tematización del cimarronaje las representaciones en el imaginario caribeño se enriquecen día a día tanto por la *oralitura*⁴² como por las letras legitimadas a través de la impresión. Inspirada en el mito liberador de la heroína jamaicana Nanny, la guyanesa Grace Nichols poetiza esa figura enalteciendo sus atributos de sacerdotisa en relación directa con su liderazgo cimarrón en una especie de proyección épica, aunque al final humaniza al personaje con la pregunta “Is that you Nanny?”.

Otra variación del engarce entre literatura y tradición viene dada por las concreciones del traslado de la tradición oral al papiamento, corriente que en la segunda mitad del siglo pasado cobró cierto realce en la vida cultural de Curazao, Aruba y Bonaire con la recuperación de numerosos textos de relatos, canciones, proverbios, adivinanzas y fórmulas rituales, muchos de ellos traídos desde tierras africanas o como productos de la actividad popular de las islas o del continente. Paralelamente se ha ido fortaleciendo la poesía contenida en las canciones de la tumba y el tambú, dos expresiones musicales de la tradición popular. En el cultivo de tradición y papiamento, dos cantantes de tambú fueron premiadas en 1992 por sus contribuciones a la literatura oral en la isla: Petronilia Coco, *Petoi*, y Elia Isenia. Estamos hablando de la expresión llamada *oralitura*, campo en donde la mujer caribeña tiene un peso importante. Precisamente una novelista curazoleña, Diana Lebac, hará suyo este tema.

Tituba, Télumée y Nanny, sacerdotisas del vudú, del *quimbois* de Martinica, las *obeah* y *revival* de Jamaica, las *iyalochas*, las intérpretes de la tumba y el tambú de Curazao, trascienden textos y tiempos. En el fluir narrativo las culturas de otros pueblos también coexisten —amerindias y de origen euroasiático—, marcadas por la hibridación fecundante. No deja de sorprender Aída, la mulata china de la novela *Como un mensajero tuyo* (2001) de la cubano-americana Mayra Montero, tanto por su mixtura étnica como por

⁴² Término de uso frecuente en la crítica caribeña actual como puente entre tradición, cultura popular tradicional y literatura.

sus relaciones con *babalawos* chinos y afrocubanos en provocadora expresión de la santería cubana. Asimismo, desde los logros de la novelística de Vidia Naipaul, Premio Nobel trinitario, vuelve a retomarse el tema de los inmigrantes de la India en varios textos, como por ejemplo la narrativa de Olive Senior con el relato “La llegada de la mujer serpiente” (2011), quien no es otra que la señorita Culí, la de los ojos enigmáticos cuya profundidad recuerda la profundidad del Ganges, y que conquista los espacios prohibidos de su nueva realidad en Jamaica.

Este tema de la presencia irradiante y rizomática de la mujer caribeña en el devenir de la región y su representación escritural, apasionante de por sí, deja pendientes otras tematizaciones: la cotidianidad, la sexualidad, las proyecciones sociales y medioambientales, el protagonismo de la música, la poética de la historia, las conexiones inusitadas al modo de *lo real maravilloso* de Carpentier, que en este caso sería “lo real maravilloso caribeño”... Dejemos abierto universo tan plural para el reencuentro con Tituba, Télumée, Irene, María, Victoria, Josefa, Reina Sin Nombre, Elvira, Adriana, la señorita Culí, Elisabeth, Antoinette, Laura... y tantas otras que desde la anonimidad o el protagonismo pugnan por dejar atrás las castraciones de la Nora de Ibsen o el interminable tejido de Penélope, mientras esperan por nosotros las enigmáticas revelaciones de las escritoras maya-yucatecas y garífunas y el enorme poder expresivo de la *oralitura*.

Llegar a todas ellas, interiorizar sus obras, es un desafío y una tarea sublime en *el reino de este mundo*,⁴³ desde los imaginarios de las mujeres y los hombres de estas tierras bañadas por un mar infinito, pórtico y esencia de nuestra América.

⁴³ Evocando el humanismo multiplicador de la obra homónima de Alejo Carpentier.

RESUMEN

Como parte de un estudio mayor sobre las mujeres del Caribe y sus modos de representación sociocultural y estética, el texto aborda la función de este amplio sector social en la construcción de la región, así como sus contribuciones a la literatura caribeña, fundamentalmente la narrativa, desde una perspectiva insular-continental con énfasis en lo identitario y sus relaciones diaspóricas.

Palabras clave: mujeres caribeñas, imaginario, identidad, diáspora.

ABSTRACT

As a part of a larger study on Caribbean women and their ways of socio-cultural and aesthetic representation, this article addresses the role of this large social sector in the construction of the region, as well as its contributions to Caribbean literature —fundamentally narrative— from an insular and continental point of view, with an emphasis on identity and its diasporic relationships.

Key words: Caribbean women, imaginary, identity, diaspora.